

## XII

Ya no volvió á las Cambroneras. Tuvo miedo de vivir en aquella casa sin Feli. Sentía el terror de los que pierden á un sér querido y no osan penetrar en la mortuoria habitación. ¿Qué iba á hacer solo, en aquel extremo olvidado de Madrid, entre las gitanas que le recordarian á la amante?...

Necesitaba ver gente nueva, aturdirse, olvidar su tristeza.

Aquella noche volvió á la redacción después de una ausencia de tantos meses. Los compañeros le recibieron con irónicas ovaciones.

—¡Homero! ¡Ya está aquí el gran Homero!... ¡Salud al ilustre *tabarrista*!

Y le preguntaron si traía como fruto de su soledad algún artículo de los que sembraban el pánico en los suscriptores.

Algunos de la redacción le habían visto paseando con Feli por el Retiro.

—Di, *Homero*, ¿qué has hecho de aquella muchacha tan simpática que llevabas del brazo?... ¿La encontraste en algún libro griego? ¿Era ática ó beocia?

—Está en el hospital—contestó Maltrana con los ojos llorosos.

Su acento fué tan triste que impuso silencio á los alegres compañeros.

Pasaba las noches en la redacción. Había perdido la costumbre de trasnochar y como no quería volver á su casa, buscaba los cuartos á oscuras, dormitando en un diván. Si llegaba una visita y había que encender luz, Maltrana era despertado como un perro, y sacudiendo las alas del abrigo pasaba á otro cuarto ó se iba á la calle, buscando terminar el sueño en la casa de algún amigo.

Apenas comía. Ansioso de distracción, de conversaciones que le aturdiesen, juntábase muchas noches con ciertos borrachos famosos, y bien entrada la mañana se les veía por las calles más céntricas, con paso inseguro, discutiendo á voces de filosofía ó literatura. En mitad de una disputa, el recuerdo de Feli asaltaba á Isidro, y rompía á llorar. Los compañeros daban la culpa de este llanto al coñac. Beberían cerveza.

Muchas mañanas iba á la puerta de San Carlos á esperar á Noguerras. Este hacía un gesto de repulsión al olerle.

—Sigues mal camino, chico: apestas á aguardiente. ¿Qué resuelves emborrachándote?...

Maltrana contestaba con mal humor. No pedía consejos; lo que deseaba era conocer el estado de Feli.

El joven doctor mostrábase impaciente. ¿Creía él que no tenía otras cosas en que ocuparse?...

—¡Figúrate, con seis mil reales por todo sueldo!... Tengo que visitar mucho y á gentes que pagan mal. Además, esa muchacha no es de mi clínica... La vi anteayer. Me pareció que estaba bien,

pero si los ataques de eclampsia se repiten, puede morir en uno de ellos. Van á provocarla el parto: tal vez esto la salve.

Al día siguiente fué Noguerras quien, al verle, le habló el primero.

—Eres padre: arriba te guardan un niño las monjas. Su salud es buena y la madre no ha salido mal del parto. Si no quieres que esa segunda edición de tu persona vaya á la Inclusa, recoge pronto al pequeño.

Maltrana no experimentó ninguna emoción. Sólo pensó en ir á las Carolinas para dar la noticia á su abuela. ¿Qué iba á hacer él con el chiquillo? La señora Eusebia se encargaría de cuidarle.

Y la abuela, conmovida por el suceso, bajó á Madrid para recoger á su biznieto, acompañada de otra mujer. Isidro fué con ellas hasta San Carlos, pero no quiso pasar de la puerta. Le dominaba el egoísmo de su cobardía. Ya había sufrido bastante. ¿Iba á mejorarse ella porque le viese?...

Cuando salió la abuela quiso enseñarle el niño que su amiga, más joven y fuerte, llevaba en brazos.

—Míalo, Isidro—gemía la vieja llorando de alegría.—Es un querubín; ¡qué rico!... Es hijo tuyo, ¡tu retrato!...

Maltrana miró esta carne palpitante, apenas contorneada, que se removía en el fondo de un mantón. Sí que era su retrato: feo, con su misma fealdad y la de aquel pillete que estaba en la cárcel entre los rateros menores. La misma cabeza enorme, que parecía moldeada por las manos de la desgracia.

La *Mariposa* se llevaba su biznieto. Nada de buscarle nodriza en las Carolinas. Conocía á cier-

ta mujer del barrio, que se había casado con un músico de regimiento y, ahora, retirado él del servicio, tenía una tiendecita junto á la carretera de Extremadura, en el cerro de los Corvos. Acababa de perder á un pequeño, y ella se encargaría de lactar al biznieto por poco dinero.

La vieja, antes de marcharse, le habló de Feli. La había visto: estaba muy enferma.

—¡Lo que ha lloao esa chica antes de que nos llevásemos el pequeño! ¡los besos que le ha dado!... Me preguntó por ti... Vé á verla, hombre; la pobre se alegrará, y bien lo necesita.

Maltrana pasó mucho tiempo sin visitar á Feli. Todos los días formábase el propósito de verla á la mañana siguiente. Pasaba la noche de café en café, y la madrugada de taberna en taberna, con los camaradas de vida errante, siempre triste y bebiendo para olvidar.

Por la mañana llegábase hasta San Carlos, á recibir noticias. Le bastaba con saber que Feli seguía bien. Le acometía el miedo á verla en este lugar de dolor, y que ella adivinase su embriaguez.

—Un día me acompañarás—decía á Noguerras;—no; ahora no. Me siento sin fuerzas. Además, estoy algo borracho. ¿No me lo conoces?...

Por fin, una mañana, se mostró resuelto: quería verla. Adivinábase cierta preparación en su aseo exterior, como si acudiese á una entrevista amorosa. Iba recién afeitado: ocultaba algo bajo las aletas del macferlán, que parecía menos viejo, después de unos cuantos pases de cepillo.

Noguerras le hizo atravesar los claustros de la Facultad, subieron escaleras, pasaron otros claustros, y, por fin, el médico abrió una puerta.

Lo primero que vió Maltrana fué las tocas blancas de una monja, ocupada en arreglar con sus ma-

nos de cera las flores de trapo, y las velillas de un altar. Estaban en una sala de paredes enjalbegadas, de un blanco de hueso, con zócalo de ladrillos, blancos también. La pieza aparecía dividida por un muro hasta el límite del zócalo, con grandes espacios abiertos entre las pilastras que sostenían el techo.

Isidro vió muchas camas de hierro con cubiertas de percal floreado, y junto á ellas, mesillas con redomas y escupideras. Sobre las almohadas, destacábanse cabezas de mujeres, de verdosa demarcación, con las cabelleras enmarañadas y sucias.

Maltrana recordó las salas de los hombres. Estos eran menos repugnantes en sus dolencias. La hembra se agostaba con mayor rapidez, así que la enfermedad disolvía los almohadillados carnosos de sus encantos.

El médico se detuvo ante un lecho: allí tenía á la que buscaba. Isidro tardó algunos instantes en reconocerla. Hubiera pasado varias veces ante ella, sin que llamase su atención. ¡Cuán cambiada la veía! Olvidando su tristeza de enferma, evocaba siempre en sus recuerdos, la Feli hermosa y alegre de los primeros tiempos de su amor. Y ahora, viéndola enflaquecida, con las facciones desencajadas, más fea y mísera aún que el día en que salió de las Cambronerías, tenía que hacer un esfuerzo para reconocerla. Creyó ver á una amiga de Feli, á una buena compañera que le recordaba á la otra, á la de los días felices que, ¡ay!, no volverían nunca.

Quedó inmóvil ante la cama, con aspecto tímido, cohibido por aquellas cabezas greñudas, mascarones de dolor y miseria, que convergían en ellos sus miradas curiosas.

—¿Cómo estás?—preguntó en voz queda.

Saludábale Feli, silenciosa, con una sonrisa que daba frío, contrayendo las arrugas de su rostro exangüe, marcándose la punta de su fina mandíbula con la agudeza de un hierro de lanza. ¡Y allí había puesto él sus besos muchas veces, en la embriaguez de la pasión!... ¡Miseria de la vida! Sus ojos, unos ojos de loca, con el estrabismo de las frecuentes crisis, eran lo único que aún delataba la extinta hermosura.

En el lecho inmediato vió á una jovencita, que llevaba envuelto el pelo en un pañuelo rojo y abrigados los hombros con una chaquetilla de color de manteca. Mostraba entre las puntillas de la camisa sus pobres pechos de tísica, que apenas si se destacaban con ligera hinchazón sobre el mísero costillaje. Era una criada, que había dado á luz una niña: una pobre bestia de trabajo, convertida en madre por el capricho momentáneo del señorito. La chaquetilla de señora que le servía de abrigo en el hospital, era, tal vez, la única recompensa de su caída.

Feli, al contemplar á Isidro, mostraba también en sus ojos cierta extrañeza, como si le encontrase cambiado. Había transcurrido muy poco tiempo, y, sin embargo, creían verse después de larguísima ausencia.

Permanecieron silenciosos mucho rato, mirándose, pero sin atreverse á despegar los labios. Al fin, habló ella, por el impulso maternal. ¿Y su hijo?...

Maltrana fingióse enterado. Estaba allá, en la carretera de Extremadura, con su nodriza, una gran mujer buscada por la abuela. Podía permanecer tranquila... ¡Y él aún no había ido al cerro de los Corvos, ni conocía á la nodriza!

Después le preguntó por su enfermedad. Feli

hablaba con voz triste; parecía resignada á permanecer siempre allí, sin esperanza de volver al mundo. Su voz era lenta, con largos titubeos: notábase cierta incoherencia en sus palabras: se adivinaban sus esfuerzos para ordenar las frases y encauzar el pensamiento.

Mientras la oía Isidro, miraba con el rabillo del ojo á la monja, de pie junto al altar, hablando con el médico. ¡Ay, aquellas gentes, que vivían en diario contacto con la miseria humana! ¡Qué duros, qué fuertes! ¡Qué indiferencia ante el dolor ajeno, que no era para ellos más que un accidente vulgarísimo! Su mirada fría parecía tener callos. La contorsión del dolor, la muerte, todo resbalaba sobre ella, sin el menor arañazo, sin producir la más leve turbación.

La monja, después de hablar con el médico, miró á Maltrana con cierta curiosidad. Su olfato de experta conocedora de la vida, adivinaba á la pareja ilegal, al amor rebelde, que desprecia los convencionalismos sociales. Su curiosidad de mujer excitábase con el perfume del pecado; su severidad le hacía abominar de aquella juventud, que se adoraba á espaldas de la religión.

Maltrana no sabía qué decir. La tristeza creaba un gran vacío en su pensamiento. Además, le cohibían tantas miradas fijas en él. Era un martirio permanecer ante Feli, sin poder cogerla la mano, atemorizado por los ojos hostiles de la monja.

Se echó atrás las aletas del abrigo y dejó sobre la cama un mazo de violetas, que llevaba oculto. Su perfume pareció dulcificar aquel ambiente, que olía á carne enferma y antisépticos.

—¡Ay! ¡flores!—dijo Feli con vocecilla infantil.— ¡Flores!

Y su mirada acarició á Isidro con expresión

de gratitud. Era un poco de poesía esparciéndose sobre la cama del hospital. ¡Flores!... Y los dos pensaron lo mismo. Vieron con la imaginación los almendros de la huerta del Obispo, que habían sido testigos de sus primeras entrevistas; las flores que él arrojaba sobre su cama, al despertarla, de vuelta de los banquetes; las que habían presenciado sus vespertinos paseos, cuando salían cogidos del brazo, como burgueses, á cubierto de la miseria y seguros de que nada podría turbar su felicidad.

—¡Flores!—repitió.—¡Cómo te lo agradezco!

Maltrana se excusaba con timidez. Eran violetas: no tenía dinero para más. Aun así, le había costado mucho el adquirirlas. Costaban muy caras: las flores nacían para los ricos, y aún gracias que les dejaban á ellos el cielo y el sol... Había recordado también su predilección por las naranjas. Quería traerle una; pero después de correr las fruterías de la calle Mayor, buscando las primeras que acababan de llegar, había desistido por su pobreza. Todo su dinero se lo habían llevado las violetas.

—Otro día, ¿me oyes?—murmuraba en su oído, como si la propusiese una travesura infantil.— Otro día te las traeré, sin que se entere la monja, sin que lo vea el médico.

Y ella decía que sí, mirando al amante con sus ojazos tristes, mientras se llevaba á la cara el mazo de violetas, oliéndolo con delectación.

Nogueras carraspeó con insistencia llamando á Maltrana. La entrevista se prolongaba demasiado: otro día, más.

Isidro cogió la mano amarillenta que ella le tendía.

—Adiós, Feli... Adiós, nena. Volveré.

La enferma le recordó su promesa. Debía traerle naranjas y flores, ¡muchas flores!

El trastorno mental de sus crisis la hacía olvidar la penuria del amante.

Maltrana no volvió. Transcurrieron varios días sin que el doctor lo encontrase por la mañana en las cercanías de San Carlos. Esta visita había bastado para darle cierta tranquilidad.

Una noche, al salir Noguerras del teatro de Apolo, dió con él en la acera de la calle de Sevilla. Iba borracho, más sucio y abandonado que otras veces. Adivinábase en las arrugas de su abrigo y en el abandono de sus ropas, que dormía sin desnudarse, allí donde se lo permitían los accidentes de su existencia vagabunda. Estaba pálido, con los ojos hundidos y las facciones enjutas: una cara de hambre y alcoholismo. Al ver á Noguerras hizo un esfuerzo por mostrarse sereno.

—¿Y aquella?—preguntó.

El doctor mostróse pesimista. *Aquella* iba muy mal. No la había visto; le faltaba el tiempo, pero el camarada encargado de la clínica tenía pocas esperanzas. Repetíanse con frecuencia los ataques de eclampsia, y en uno de ellos podía morir. Bastaba que la respiración se retardase algunos segundos al quedar su organismo contraído por las convulsiones, para que sobreviniese la asfixia.

—¿Y tú por qué no vas á verla?—preguntó el doctor.

—¡Para qué!—exclamó el bohemio.—Sufro mucho: me falta el valor para volver. Me hace daño verla entre aquellas mujeres sucias y enfermas; no poder hablarla con libertad. Me miran todas, como si fuese un animal extraño. La monja me molesta.

Calló un instante, y luego añadió con expresión de vergüenza, empañándose sus ojos de lágrimas:

—No puedo ir con las manos vacías: la pobre desea flores... se las prometí. Hace días que quiero comprarla un ramo grande, muy grande, para cubrir su cama, para que se imagine que todo un jardín corre hacia ella, esparciéndose á sus pies... Pero no tengo dinero... nada, absolutamente nada. No puedo comprar ni un ramito de los que venden en la calle. Apenas como: ando por ahí como un perro sin amo. Si no encontrase algún amigo de los que convidan á beber, ya hubiese muerto...

Al despedirse del doctor dijo flojamente, con la pereza de una voluntad enferma y cobarde:

—Ya iré... Iré cuando tenga dinero... cuando pueda llevarla algo. Creo que no morirá en seguida: que aún vivirá algún tiempo. ¿No crees tú lo mismo?

Noguerras levantó los hombros con expresión de duda. Sí, era posible que se salvase: enfermas más graves que ella recobraban la salud. Pero su vida estaba en peligro de extinguirse por asfixia cada vez que sufría un ataque. Nada podía él afirmar.

Transcurrió una semana sin que volviesen á verse. Una mañana se encontraron en la Puerta del Sol. El doctor vió á Maltrana con aspecto más miserable aún: parecía un pordiosero, sucio, roto, entregado á su abandono, sin el auxilio de una mano femenina que le adecentase. Noguerras tenía prisa. Había estado dos días fuera de Madrid por un asunto profesional, y le esperaban en la Facultad.

—Una mala noticia, Isidro. Aquella muchacha ya no vive.